

## UN VECINO DE TU CALLE

Tu abuelo era un gigante de Torrijos, de no mucha estatura pero de corazón grande y nobles sentimientos. Labrantín de día, en sus tierras de año y vez, de noche artesano de pan bueno y candeal. Un gigante de la calle, como muchos otros anónimos de los que nunca faltaron en las humildes calles torrijeñas; mujeres y hombres de alma gigante allá por los años duros cuando fue chica la abundancia y la escasez grande.

Tal fuera el caso de Diosdoro, un vecino de tu calle en un barrio de casas blancas a las afueras. A Diosdoro se le veía venir noche tras noche cuando salía de la Taberna del Tubo, con sus sentidos empapados en el vino tosco y duro con el que restañaba los golpes y heridas del destino. Por la vieja Estación llegaba al barrio sorteando vías y raíles, se amparaba en la penumbra de los callejones intentando ocultar sus desgracias de las miradas crueles, y aun así los muchachos le gritaban:

-¡Diosdoro miau, miau borracho!

Él respondía siempre a los chavales del barrio:

-¡Sape jodíos cabrones, saaapeee!

Venía con su duelo a cuestas, con el andar de superviviente de sus muchas derrotas, de guerras y vinos de bodegones, lanzando al aire desde el fondo de su alma todos sus tormentos y desprecios, todos sus dolores y penas incurables. Dolores de vida y agonía de un viejo zorro maleado por las fatalidades.

-¡Miau Diosdoro, miauuu borracho!

-¡Sapeeeee cabrones, dejadme en paz jodíos!

Se le incendió el jergón una fría noche de invierno con su último vino y su colilla de Celtas Cortos; nada se oyó, nadie lo escuchó, Diosdoro se apagó y quedó la calle con una envoltura turbia y amarga y el ruido de un silencio culpable.

Diosdoro fue un hombre de corazón grande. Fue un vecino de siempre, un vecino de tu calle.